

Temperana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

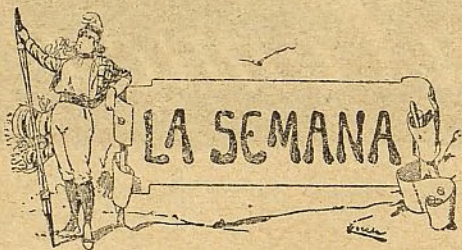
DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.



PIANISTAS CELEBRES.



MARIO CALADO.



Con el título de «Un general, un carta y varias equivocaciones», acaba de representarse en el Senado español una comedia de aquellas que hacían furor en tiempo de Comella; con mucho plumero, mucho sable y mucho cañonazo de guardarropía.

Fuera del Jueves y del Viernes Santo, no ha habido vacaciones en la Alta Cámara y allí han acudido los padres graves de la patria para soltar los furores de la interpelación entre los regtiedos de la comida de ayuno, siquiera muchos discursos—como producto de *vigilia*—resultasen un tanto trasnochados.

Aceradas espigas de merluza y de bacalao, dirigidas contra el Ministerio, la electricidad espontánea de los estuviorenes desarrollada en los propios bancos de la mayoría, mucha *escama* en los conjurados, muchas *agallas* en los príncipes de la milicia, mucho olor á congrio, mucho sabor á percebe y, sobre todo, gran cantidad de conserva, es decir, de *latas*, por todos los lados de la Cámara.

Tal fué el *menú* de esa *comidilla* parlamentaria que, por su magnitud y por la calidad de sus platos, ha podido ponerse al lado de la comida que dieron en Palacio á los doce pobres.

Si no se promiscuó, no fué por falta de deseo; sino porque la «carne de cañón», que era la carne que se buscaba, permanece muy tranquila en los cuarteles, de donde ya es sabido que no la sacan las elocuentes arengas del general, sino las imperativas palabrotas del sargento.

Por eso el Gobierno—y sobre todo, la opinión—han visto unirse á casi todos los generales de mar y tierra sin importarle un comino; que, aunque ellos sean las unidades y los soldados sean los cerros, poco valen las unidades sino se llevan á los cerros allí detrás.

Si los Dioses se fueron ¿cómo no han de irse también los generales?

Pasaron, por fortuna, aquellos tiempos en que la satisfacción de los Conchas consolidaba la tranquilidad del país; en que el famoso gabán de Espartero era mirado con respeto supersticioso y en que el *espadón* de D. Ramón María Narváez producía al desenvainarse espantoso temblor en la península.

Ahora los generales, para suerte de todos, son nuestro orgullo y nuestra esperanza, pero la caja de los truenos ha pasado de sus manos á las de la clase obrera.

—Tengan ustedes en cuenta—gritaba un senador, dando la *ultima ratio*—que el señor ha estado en Sagunto.

Efectivamente, ya se lo habíamos conocido en lo carta...ginés.

Pero, aunque hubiera estado en Numancia y en el sitio de Troya, caería bajo la ley como todos caemos.

Confesemos que la carta de Dabán ha dado más que hacer á los senadores españoles que la *Carta magna* á los políticos ingleses y las *cartas-pueblas* á los historiadores de nuestro Derecho Civil.

—Sabe usted—decían la otra tarde en un corro—que varios generales han recibido la carta de Dabán y le han acusado...

—Muy bien hecho; eso prueba que están con el Gobierno.

—Déjeme V. acabar, hombre. Le han acusado... recibo.

—Pues yo no transigiría con eso. Cogería las cartas y se las haría comer.

—Mejor para ellos.

—No veo la razón.

—Si; hombre; comer «á la carta» es mucho mejor que comer al cubierto.

Viendo que las respuestas menudeaban y que los periódicos anunciaban otras sobre las ya conocidas, pensó hacer algunas modificaciones en el servicio el Director general del ramo.

Me refiero al de Correos; un verdadero ramo... de erisipela.

Por de pronto, se aumentaría el personal ó las horas de servicio, como en el día de San José y en Pascuas de Natividad.

Después se modificaría un poco la carátula de los buzones generales, esas cabezas de león con la boca abierta que le hacen decir a un amigo mío: El marmol de los buzones es un marmol de *Cararara*.

La modificación había de consistir en poner á los leones tricornios de guardia civil y cerrarles un poco la boca; á ver si así tenían menos tragaderas.

Además, se ordenaría á los generales que no escribiesen más que en tarjeta postal, lo que permitiría al Gobierno couocer á tiempo las contestaciones subversivas y concedería al Estado Mayor general una economía notable en su correspondencia activa.

No estaría de más, llamar al Dr. Thebussem para que informase en esta peliaguda cuestión, como especialista que es en cartas y correos, y si acertaba á resolverla, no había de vacilar el Gobierno en darle, sobre el título de «cartero honorario» que hoy tiene, el de benemérito de la patria y una cruz por remate.

Aunque si se metía con los generales díscolos ¡para que quería más cruz!

Finalmente, si tales medidas no daban resultado, era llegado el día de restablecer, para este caso aislado, el Santo Tribunal de la Inquisición.

Porque nos hemos quebrado los cascos y quizá no se trate de una cuestión constitucional, ni parlamentaria, ni civil, ni militar.

Todo lo hubiera depurado un proceso sobre *Cartomancia*, incoado contra Dabán, Salcedo y consortes.

En cuanto se anuncia una combinación de gobernadores civiles, tiemblo por las provincias de tercera y cuarta clase.

Allá van á hacer sus primeros pinitos administrativos los *cuneros* de la mayoría que obtienen el fagín verde y el baston con borlas en pago de un «*si sostenido*»... desde la primera hasta la última votación de la legislatura.

El agraciado recibe del ministro consejos parecidos á los que recibió Sancho de D. Quijote antes de tomar posesión de su insula; mas, al cabo y al fin, el gobernador neófito, como el marido de Teresa Panza, tiene que saltar de la provincia porque ni los regidores ni los diputados se avienen á tener por jefe á aquel señorito madrileño, que por un quitame allá es el Real orden reconcentra la Guardia civil en los pasillos del Gobierno.

—D.^a Gertrudis—dice una provinciana á otra—ya puede V. vestir á los chicos, que esta tarde hay títeres.

—Señora, por Dios ¡si el pregonero no ha anunciado nada!

—No importa; yo misma acabo de ver al *payaso* con el Sr. Alcalde y dos *guindillas*.

Luego resulta que el payaso en cuestión es el nuevo gobernador, vestido de uniforme.

—Yo no soy exigente—decía un gobernador al tomar posesión de su cargo;—con que la Comisión provincial venga todas las mañanas á lustrarme las botas y el síndico del Ayuntamiento esté á mi disposición para hacer unos recados y poner la mesa, me tienen ustedes tan satisfecho.

Otro se enfadó porque no salieron á recibirle con pábilo.

Y decía una comadre, al enterarse de la pretensión:

—¡Pues no es poco *paliativo* el hombre!

LUIS ROYO VILLANOVA.

LA CHULERÍA.

Vamos, que no la resisto; que me empalaga y me apesta; que el pantalón ajustado y el pelo sobre la oreja y á todas horas el *cante* y la *guasa* y la *juamera*, podrán ser muy españoles, pero dan muy pobre idea del pueblo del Dos de Mayo y la gente macarena.

Yo aplaudo como el primero la gracia y sal de la tierra que el Guadalquivir inunda para solazarse en ella; y más de una vez al trote, persiguiendo á las morenas, pasé el puente de Triana, como otros el de Alcolea.

No escupo la manzanilla, si la ocasión se presenta,

y he cantado muchas coplas sacadas de mi cabeza, pero siempre en su terreno: en la campestre merienda, en el descanso de un viaje, á caballo por la sierra, en la boda del amigo ya retirado en la aldea, en la expansión del afecto y del hogar en la fiesta.

Mas de eso á vivir en chulo, huésped de toda taberna, *bunio* de todo garito y actor en toda refriega, ó yo no entiendo de bromas, ó hay la misma diferencia que entre Bernardo de Carpio y el guapo Francisco Esteban.

Por eso ya, cuando veo alrededor de una mesa

las *gachís* y los *lipendís* preparados á la juerga, cantando para mí solo, digo al salir por la puerta:

«Esas pataditas que en el suelo das, en la mismita boca del estómago las siento sonar.»

Tal es mi opinión sucinta sobre esa plaga moderna que ha invadido el domicilio y si Dios no lo remedia, llevará á muchos incautos si no al Manicomio, á Ceuta.

Padres los que teneis hijos, venid bajo mi bandera, ¡guerra á cuanto huela á chulo... exceptuando la chuleta!

MANUEL DEL PALACIO.

CUENTOS DE LA SIERRA.

LA ULTIMA BRUJA.

I.

¡Cuánto os habrán de admirar á vosotros, sesudos catalanes, y cuanto os harían reir á vosotros, chistosos andaluces, las cosas de Castilla la Vieja! Ello es que aun no hace mucho, habia en ésta pueblecillos en los cuales se creía en brujas y duendes. Lo que os voy á referir está tomado exactamente de la verdad; puede que no tenga ni otro valor, ni más interés.

Sucedio que como viviera en Valdegorrillo (pueblo, del que con juntar unas cuantas casitas de maderera, de esas que por poco dinero dan en las cajas

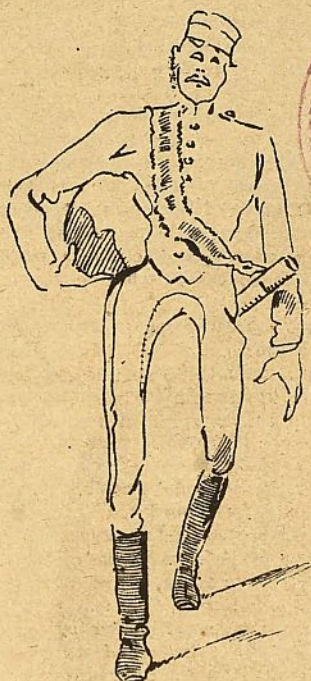
de juguetes, ya os formareis una idea, y más si las tales casitas quedan agrupadas en torno de una vieja iglesia) digo, que como viviera en el referido lugar un hipocritón avaro y rico, y se supiese que, allá en la ciudad de donde habia llegado cuando fué á retirarse á Vald-gorrillo, habia el hombre hecho muchas picardias, y por ellas mucho dinero, las gentes de aquella aldehuela, labradoras y dedicadas al pastoreo, no hacian sino hablar del tal sugeto, maldecirle por hurón y tacaño.

Era dicho personaje un hombre devotísimo y de misérrimo cuerpo; intratable y tosco; en fin, el clásico tipo del usurero en su escondrijo. Habia comprado un caserón y una huerta, fincas unidas y á las cuales se denominaba Villa-Campos. Nada se supo en muchos años, nada respecto á la vida pasada de aquel santurrón.

ALEGORIA DEL MES DE ABRIL, POR «MECACHIS.»



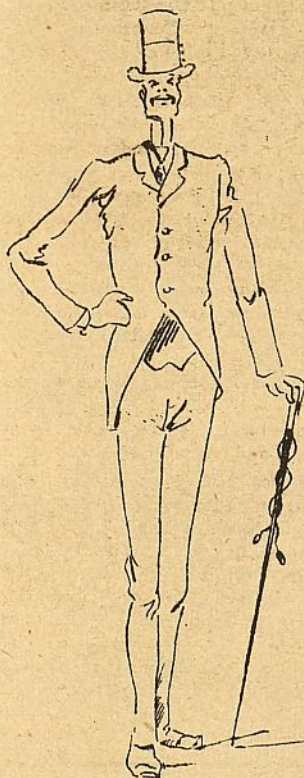
CALIFICATIVOS DE GACETILLA, POR LAGO.



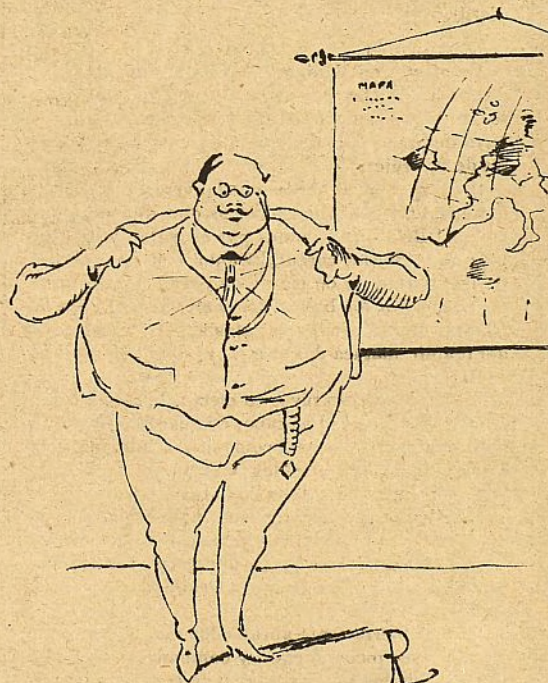
UN CUMPLIDO SUJETO.



UNA ESPOSA MODELO.



UN ALTO EMPLEADO.



UN PROFESOR DE CAPACIDAD.

R
1890.

¡Vaya! pongo cualquier cosa á que dudais de lo que voy á decir. Pues ello es cierto. Era el hombre de rostro cetrino, nariz picuda y con esto corva y abatida por el extremo bucal y hundida por debajo de la altura nasal; tenía los ojos muy metidos y apuesto que por lo que brillaban y por su color amarillo, los llevaba voluntariamente muy guardados y prendidos en el cráneo; la boca delgada y de aviesa expresión; garfios tenía por manos, ganchudas las piernas, y como si la codicia le proviniera hasta de sus carnes, eran estas enjutas y pocas y nada sudosas; que por no gastar, pienso que ni zumo tenía aquel sugeto, semejante á un seco limón. Llevaba siempre larga levita negra, rosario, no tal vez para dar gracias, sino para pedir; no para hacer cuentos, sino para llevar cuentas y demandas ganancias á Dios. D. Gerónimo —así se llamaba— era gran aficionado á las indulgencias, esa lotería de la corte celestial.

No creemos que tuviera otros gustos que el de pasearse por las mañanas, despues de la misa, en su quinta, bajo los hermosos arboles que formaban, dispuestos á uno y otro lado en correctas líneas, una ancha alameda. D. Gerónimo iba y venia por entre ellos, apoyado en un bastón, pasándoles revista sin duda por ver si le faltaba alguno, más que por gozar de la hermosura y pomposidad de las ramas vestidas de hojas.

Al fin pudo saberse cierto día que D. Gerónimo estaba dotado de una cualidad más: era supersticioso. Que lo fueran los pobres aldeanos, pase... ¿pero un señor que había vivido en la ciudad?...

Palideció y se inquietó vivamente al recibir la noticia de que había llegado á Valdegorrillo una nueva bruja.

Vereis como ocurrió el suceso, que á este intento escribo.

II.

En efecto, en Valdegorrillo había una bruja; la última bruja. Despues de ella, no ha vuelto á saberse de ninguna otra que pública ú ocultamente se haya dedicado ó se dedique á las ciencias y las artes de la brujería.

¡Pero que haya quien pueda venir á negarnos que han existido brujas, cosa es que nos indigna y enconna! Bien que la vimos por el valle y los pueblos de la Sierra; curandera aquí, consejera allá; en partes, portadora de males; en partes, de fortunas; de noche con los buehos, los murciélagos y las lechuzas; de día con los lagartos al sol, embajadora del diablo, mágica del sábado y diputada de alquelarre.

Si; Valdegorrillo tuvo, en efecto, la suerte ó desgracia, la curiosidad al cabo, de guardar, entre sus pobres casucas y negras cerconas la última bruja, casi cuando otros pueblos vivían ya alumbrados por los primeros destellos de la luz eléctrica.

La *Nevasca*: aparentemente, una vieja menuda, con su merienda de huesos y pellejo á la espalda, su jorobeta queremos decir, donde tal vez se montara el diablo, y, que era, en realidad, una bruja de las más terribles.

La alta Sierra tenía abrumados por densos rubarrones sus picos, dientes y combudas elevaciones, lo negro de las nubes contrastaba con la blancura

de la nieve, de que se hallaban cubiertos las montañas y el valle. El terrible cierzo, frío y violento, soplando en rudas embestidas, había tronchado árboles, destejado casas y azotado con remolinos de menudos copos á los pastores y á las reses. Las casas de Valdegorrillo estaban herméticamente cerradas por puerta y ventana; las gentes se acurrucaban en torno de los hogares, junto á la llamarada de leña en fogata; el humo no subía por las chimeneas, sino que, enrareciendo el espacio de las cocinas, ennegreciendo las vigas de los techos, dejaba amarillar las paredes. Cuando el humo se abate y no sale por las chimeneas, es señal de fuerte nevasca.

Recia fué la que sobrevino aquella tarde, y terrible se hizo á la noche.

A la caída de la tarde, como decir se suele, entre dos luces, llegó á la cocina de Tío Casimiro, alcalde de Valdegorrillo, Juan el Vegüero. ¿Qué me contarán de esto, que yo no sepa, cuando yo le vi y le oí, presente estaba y bien lo recuerdo todo? Entró; y tía Melitona, mujer del alcalde, y la seña Alejandra, madre de éste, quedaron sorprendidas con la llegada del mozo, al cual no esperaban sin duda. Tía Melitona le dijo estas propias palabras:

—¿De dónde vienes tu ahora, con el tiempo que hace?

—¿De dónde tengo de venir? replicó el mozo. De Pradorribledo, de dejar la *yegua arrecogida* al abrigo. ¡Carpa! ¡y qué temporal! ¡Si vengo arrecio! Corre una ventolera que á poco no me tira contra el suelo y me hace rodar como una pelota cerro abajo. ¡Y que con este tiempo *cindenao* anden todavía mujeres por los caminos!

—¿Te has encontrado alguna? exclamó tía Melitona, con vivas muestras de asombro.

—*Pus ati cuenta* que al propósito de eso vengo y no á otro *nigocio*. Que está la mujer *junto la cruz* de san Cristóbal, al *lao mesmo* de la casuca de Tío Casimiro, y no puede ir ni atrás ni adelante, encojida de frío y quebrantada de andar. «¿Qué hace usté ahí, buena mujer? le dije, no llame á esa puerta, que ahí no vive persona *denguna*». Con que ella me *dijo, dice*: «Pues aquí estoy, y no puedo *allegarme* al pueblo». ¿Qué! ¡si no puede hablar la pobrecita! Solo acertó á decirme que había visto por el ventanuco, que allí había un pajar y quería dormir en él. Entonces me determiné y me vine á pedir la llave de la casilla, para que en ella se ampare esa *desventurá*.

—¿Pero tú no la has conocido? preguntó tía Melitona.

—Claramente que no. Apuesto que es una *méndiga de mendecidá* que anda al pordiose.

—¿Y con la nevasca? Mala espina me da eso; que cuando la tormenta grande que se nos echó sobre el pueblo el torrente de la sierra, llegó aquí de Navalconde la Tormentosa, que era mas bruja que la tía Jopos y la Granizona, dijo tía Alejandra, prendiendo á su encanecida y venerable cabeza una larga aguja y sin suspender el movimiento de sus manos en la labor de la media.

—¿Anda, con lo que sale ahora la seña Alejandra! dijo Juan riéndose á todo reír. ¿Quién cree ahora en brujas? Y, en fin, que lo sea, denme la llave,

si quieren y son de *voluntá* de que se *arrecoja* la mujer que ha *venio* con la nevasca.

— ¡La Nevasca! murmuró solemnemente y lúgubriamente tía Alejandra.

— ¡Bueno, ya tiene apodo! La abuela es que ni pintada para poner motes á la gente, replicó Juan.

Tía Melitona, entre asustada y caritativa, dió á Juan la llave, cortó un medio pan y un trozo de tocino, y puso en un jarro sin asa un poco de lo tinto de Navas de Oro, y asegurando á Juan que en la cocina de la casuca había leña, le dijo que permitía que la mujer desamparada, se abrigase y durmiera en la casilla aquella noche.

Esta fué la entrada de «la Nevasca» en Valdegorrillo; porque San Cristóbal de las Eras y la casuca de tío Casimiro se hallaban como á unos diez metros del lugar.

¡Pero qué revolución produjo su presencia! La desventurada, rogando hoy, suplicando al día siguiente, ofreciéndose, en fin, para ayudar ó servir en algunas faenas de la casa del alcalde, fué quedándose días y mas días en el casuco de san Cristóbal. Ya podéis figuraros la que armaban los muchachos, gritando, no bien veían á la anciana:

— ¡Tía Nevasca! ¡La bruja! la bruja! ¿Y el caballo de escoba?

Si sólo hubiera ocurrido esto, menos mal; pero ocurría que la anciana se exasperaba y lanzándose tras de los muchachos, pretendía cojer á alguno, sin duda para castigar en él la poca vergüenza de los demás, y los chiquillos sacaban la honda y atizaban piedras y más piedras sobre la infeliz viejecita.

Lo cual daba lugar á continuos motines, que pusieron en inquietud al señor maestro.

Más alarmado estuvo el cura á los quince ó veinte días de haber llegado «La Nevasca» a Valdegorrillo, porque ocurrió que la vieja no se incomodaba por que la llamasen bruja, antes parecía aceptar el mote y hasta hacía como si pretendiese justificarlo. Cogía salvia, borraja, cicuta y miles de hierbas que ella decía que eran para remedios. ¡A saber para que las querría ella! Con esto, algún motivo habria; á mi no me digan lo contrario. Las gentes empezaron á achacar á «la Nevasca» todo lo bueno y lo malo que en el lugar ocurría... Bien sabéis lo que en tales casos sucede: á ella la culpaban por las sequias, las heladas, la muerte ó la vida de las roses y hasta la salud ó la fortuna de las gentes. Llegó á ser temida y odiada. Dábanle algunos, casi todos los vecinos, sin que ella lo pidiese, ropa, matanza, queso, pan y miel; y le encargaban que hiciera medias, que tal vez luego no se pusieran... y todo lo hacian, en fin, por librarse del mal de ojo sin duda. Llamaban á la furia, benévola y pia y le rendian en holocausto un buen tributo, sin duda por aplacarla.

Al fin, un día se supo que echaba las cartas; se supo más; que había entrado en la Villa Campos; imaginaos que asombro produciría esta nueva y más cuando, al cabo de algun tiempo, corrió la noticia de que D. Gerónimo («Roñica») se hallaba enfermo.

— ¡Le ha embrujado... le ha embrujado!

JOSÉ ZAHONERO

(Se continuará)

CANTARES.

Morimos sin ver dos fiestas:
el día en que nos bautizan
y el día en que nos entierran.

¡Qué bonitas, qué bonitas
son las estrellas del cielo!
Par cen globos de luces
que tienen ángeles dentro.

Un beso me han prometido,
un beso que me consuela,
un beso que van á darme
el día que yo me muera.

Tengo una lágrima tuya
en un globo de cristal;
fué la lágrima primera
que yo te obligué á llorar.

Las penas que á mí me matan

son lo mismo que las hojas;
en cuanto se caen las unas
ya están saliendo las otras.

Ella cerca y él muy lejos;
en medio de ambos el mar...
¡las olas que van y vienen
cuantos besos ahogarán!

Si tú quieres verme alegre,
vistete siempre de negro;
para estar los dos iguales,
tú por fuera y yo por dentro.

En un patio de la cárcel
le dieron pena de muerte;
y luego han puesto á la puerta:
«compadece al delincuente.»

Los pájaros van cantando;

al bosque me voy tras de ellos;
á ver si así lloro un poco
todas las penas que tengo.

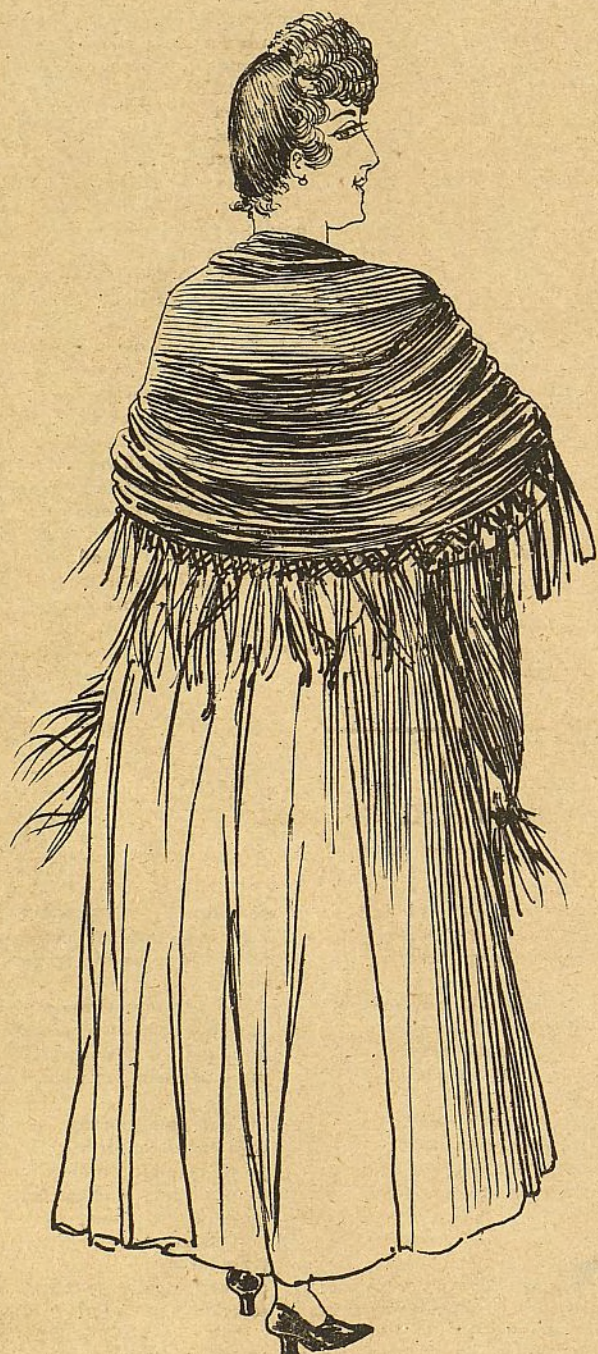
No seas ingrata nunca;
por Dios te lo pido, niña,
mira que por una ingrata
estoy perdiendo la vida.

Cada expansión un sarcasmo;
cada caricia un desvío...
¡Y no os pierdo todavía
ni el respeto ni el cariño!

¡Que versos tan tristes!
¡Que ideas tan negras!
¡Parece que el alma
se sale hacia afuera!

ANSELMO GUERRA.

PRIMAVERA FLORIDA, POR PONS.



ROSA DE PASIÓN.
(porque, la que le hace pasar él...)



ROSA DE TÉ.
(con pastas)

Elijan ustedes, que quedan pocas



ROSA SILVESTRE.

A. Pons

JULIO VERNIS

ESCENA ÚNICA

Desparramados por la escena, dos ó tres baules-mundos, maletas, sombrereras, cajas, cajones, etc., etc.

JULIO VERNIS

(Al público.)

¡Ahora! ¡En este momento acabo de llegar!

¡Y que no vengo de Ciempozuelos!

¡He recorrido cuanto en este mundo se puede recorrer!

¡Lo he visto todo! Lo del norte, lo del sud, lo de arriba, lo de abajo, lo de la derecha, lo de la izquierda...

Parodiando á D. Juan Tenorio, puedo decir:

Yo las montañas subí,

yo los valles visité,

los mares atravesé...

y todo lo tengo aquí. (Señalando la frente.)

¡Nada instruye tanto como los viajes! Particularmente al que no anda por el mundo como los cofres y las sombrereras, sino leyendo antes cuanto hace falta leer; conociendo la geografía como yo la conozco; y, sobre todo, teniendo capacidad suficiente para saber aprovechar el tiempo visitando lo que merece ser visitando.

Las maravillas que hay en el mundo no son siete, como cree el vulgo, sino muchísimas más. ¡Puedo asegurar que durante el viaje me he maravillado casi todos los días!

Entre la memoria que Dios me ha concedido y que, además, he ido apuntando todo lo que han visto mis ojos, figúrense ustedes si será interesante el libro que á la mayor brevedad publicaré.

¡Tengo ya el título!

«EL MUNDO TAL CUAL ES. Impresiones recibidas directamente del natural, por Julio Vernis.»

(Pausa.) ¡Mandaré tirar cincuenta mil ejemplares!

(Pausa.) ¡Sí! ¡basta cincuenta mil!

Haré después otra tirada mayor, poniendo en la portada: Segunda edición.

¡Y así sucesivamente!

(Muy satisfecho.)

«El mundo tal cual es. Impresiones recibidas directamente del natural, por Julio Vernis»

¡Y tan barato!

¡Casi de balde!

¡Con grabados y todo, veintitres pesetas!

Me quedarán de beneficio, en cada ejemplar, unos tres duros.

(Con gran convicción.)

¡Tres por cincuenta, son ciento cincuenta!

¡Tres millones de reales!

¡Es un bonito negocio!

¡Sí, señor!

¡No es tan fácil como parece á primera vista!

Es indispensable poseer el gran caudal de conocimientos que poseo yo; tener, además, naturaleza de pedernal, para poder soportar esos cambios tan bruscos de temperatura. Y luego, hay que saber trasladar al papel todas las impresiones recibidas del natural.

Escribir, además, el castellano obedeciendo todos los caprichos de la Real Academia Española.

Puedo asegurar que, si no se la nueva Gramática de memoria, poco le falta.

De las reformas introducidas durante mi ausencia no he podido enterarme aún.

Esta *u* de aún debe acentuarse, porque viene después del verbo.

Aun no he comido; *aun* no lleva acento.

No he comido *aun*; *aún* debe acentuarse.

¡Decididamente, no basta la vida de un hombre para poder estudiar y retener en la memoria todo lo que dispone la Real Academia Española!

(Pausa.) Al grano, que estoy impaciente.

Quiero que sean ustedes los primeros en impresionarse con... mis impresiones.

A grandes rasgos voy á explicarles mi viaje, pero de tal modo, que vean ustedes desfilar ante sus ojos, todo lo más notable que han visto los míos.

¡Para nada necesito mis apuntes!

Lo recuerdo todo, todo, con datos exactos y precisos

Por milímetros de milímetro, como decía el otro.

* *

¡Entremos en materia!

(Con solemnidad.)

Salgo de Cadiz; ya al doblar el estrecho de Gibraltar, se presenta á mi vista un espectáculo sorprendente. El que más sorprendido quedé fué el capitán...

Y eso que anda cruzando mares, hace ya...

¡Muchísimos años!

Todos los pasajeros permanecieron sobre cubierta hasta las...

¡Hasta que nos llamaron para comer!

Esto fué el día...

¡El mismo día que salimos de Cádiz!

A la mañana siguiente abandoné el camarote, ya antes de que saliera el sol. Subo á cubierta y me encuentro con otro panorama tan encantador, que renuncio á describirlo porque... no podría lograr mi propósito.

Los demás pasajeros iban subiendo uno á uno, dos á dos, tres á tres, y grandes, chicos, señoras y caballeros, todos, todos:

¡Aaaaaaah! (Pausa.)

Llegó la hora del almuerzo: á almorzar.

Después del almuerzo, tomé una taza de café, fumé mi tabaco habano, de la Vuelta de...

¡Un tabaco excelente!

Al anochecer me encontré algo indispuerto.

Como había madrugado, me pilló un aire y el médico me obligó á guardar cama.

No pueden ustedes calcular cuánto sufrí oyendo contar á mis compañeros de viaje, las distintas impresiones que en su ánimo producían los sorprendentes y encantadores espectáculos que diariamente y á todas horas se presentaban ante sus ojos.

El médico no me dió de alta hasta el día que llegó el vapor á...

¡Al primer punto fijado en el itinerario!

¡Qué ciudad! ¡Qué puerto! ¡Qué muelles! ¡Qué movimiento!

Buques de vapor, buques de vela, navios, fraga-

tas, bergantines, yachts de recreo, buques de guerra, buques mercantes...

(Admirado y entusiasmado.)

¡Para trasladar de un lado á otro del mundo, personas, animales y todo lo que, con el sudor de su rostro, arianea el hombre de las entrañas de la tierra!

(Pausa.)

Al cuarto de hora de haber desembarcado tenía ya un cicerone á mis órdenes, pagado á peso de oro. Naturalmente, el que como yo viajaba para instruirse, ha de tener constantemente abierto de par en par el portamonedas!

Al salir del muelle, ya me llamó la atención el modo especial de construir las casas.

¡Qué manera tan ingeniosa de colocar los andamios! Las caídas son imposibles.

Y el procedimiento es muy sencillo. ¡El huevo de Colón!

(Señalando en el suelo de un lado á otro de la escena.)

Figúrense ustedes que esto es el andamio.

(Señalando como á un metro de distancia en frente del actor; también de un lado á otro de la escena.)

Esto es la casa en construcción. Una caída por este lado es imposible. ¡La casa lo impide!

Yo conté al arquitecto que dirigía la construcción, que en España caen con mucha frecuencia los albañiles y sus peones; sobre todo los peones.

¡No pude lograr que diera crédito á mis palabras!

(Pausa.)

¡No sé por qué razón el Gobierno no ha de disponer que lo que hacen allí, lo hagan también nuestros arquitectos!

¡Una cosa tan sencilla!

(Pausa.)

Desde allí me acompañó el cicerone á la iglesia.

¡Qué fachada!

Yo había visto ya fotografías, pero me quedé tan maravillado como si nada hubiera visto.

En las fotografías no aparecen los innumerables matices que la luz produce sobre la piedra.

Lo que más efecto causó en mi ánimo, fueron aquellas estatuas monumentales colocadas en lo más alto de la fachada.

Me dijo el cicerone que cada estatua pesaba...

¡Una cosa enorme!

¡Cada estatua!

(Pausa.)

Recuerdo que, casualmente, celebraban aquel día una gran fiesta para conmemorar... no sé qué. Desde los pueblos de los alrededores habían acudido á la capital...

¡Y las iluminaciones! ¡Nada tan fantástico como aquellas iluminaciones!

No he visto ni he leído nada tan sorprendente, ni en *Las mil y una noches*.

(Pausa.)

Al contar yo á bordo mis impresiones, todos los que no habían querido desembarcar se tiraban de los pelos.

¡Claro está! cuando el vapor hizo escala en el segundo puerto fijado en el itinerario, todos quisieron acompañarme.

Calculen ustedes el efecto que produjo á los naturales del país el desfile de aquella procesión de extranjeros, que hablaban una lengua para ellos desconocida.

¡Y qué costumbres tan distintas de las nuestras! Parece que todos los hombres deberían expresar del mismo modo las varias impresiones de alegría ó de tristeza.

¡No, señor!

(Pausa.)

Lo que allí vimos nos maravilló á tal extremo, que era á bordo nuestra conversación constante.

Y eso que durante el viaje íbamos de sorpresa en sorpresa.

¡Vimos, entre otras cosas, una cascada que nos horrorizó!

Caía el agua... desde lo más alto.

¡Hasta el pié de la cascada!

Formando una...

(Levantando todo lo posible ambos brazos y bajándolos hasta el suelo, describe una curva.)

Y llevaba tal velocidad que...

Y que, según cálculos aproximados, caen cada segundo....

¡Una infinidad de metros cúbicos de agua!

¡Metros cúbicos!

¡Figúrense ustedes todos aquellos innumerables metros cúbicos iluminados por la luz del sol!

Si fuera posible trasladar la cascada al escenario del Real, ¡vaya unos entradones!

Pero ¡qué!

¡Y la vegetación de los alrededores de la cascada!

¡Pájaros los había por docenas!

¡Mariposas por centenares!

¡Hormigas por millones!

Aquello era un verdadero paraíso. *(Pausa.)*

¡Con qué gusto hubiera pasado allí un trimestre!

¡Pero no podía abandonar á mis compañeros de viaje!

¡Muy buenas personas!

Pero ninguno de ellos se ha ido enterando, como yo, de todo; con datos exactos y precisos.

Si el que viaja no se fija detenidamente en todo lo que se va presentando á su vista, para nada sirven los viajes.

Yo recuerdo el nombre de las montañas; el de los ríos que he atravesado; de las ciudades, pueblos y lugares en donde he puesto los piés; el como, el cuando y el por qué de casi todos los monumentos que el arte ha desparramado por el mundo, etcétera, etc., etc.

Tengo en mi cabeza valles y montañas; cimas y simas, mares y ríos; viles y pampas; lagos y pantanos; continentes, islas, penínsulas, provincias, ciudades, pueblos, lugares, villorrios, etc., etc., etc.

¡Por esto me es ahora tan fácil explicarlo todo con tanta claridad y tanta precisión! Los que me oigan ó me lean, pueden ahorrarse los gastos y molestias que un viaje de esta especie ocasiona.

¿No es verdad que con estos datos puedo escribir un libro curiosísimo?

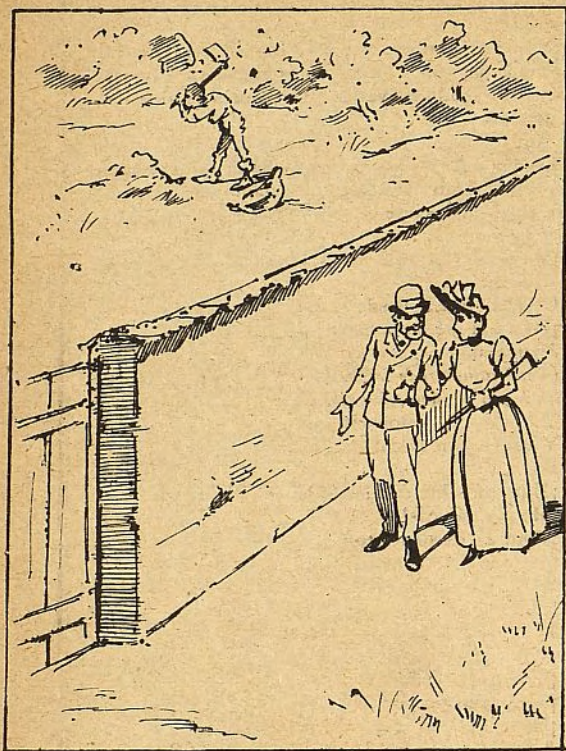
Para cuando se ponga á la venta, recuerden ustedes el título:

«EL MUNDO TAL CUAL ES *Impresiones recibidas directamente del natural*, por Julio Vernis.

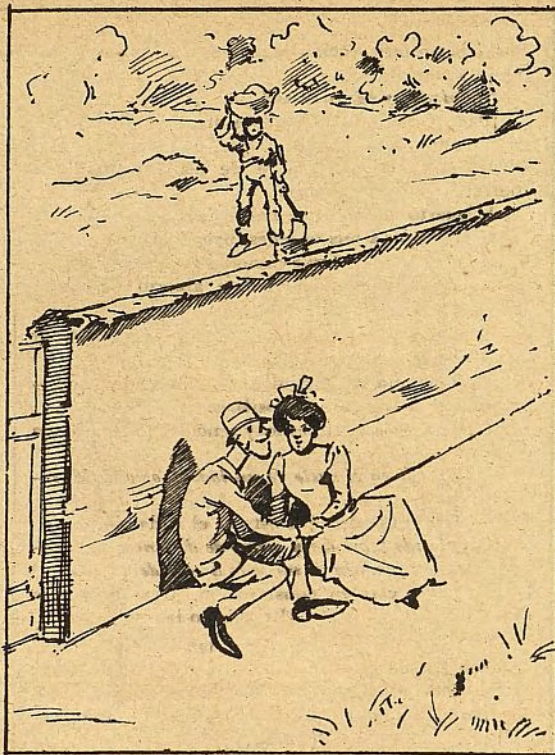
TELON.

ALBERTO LLANAS.

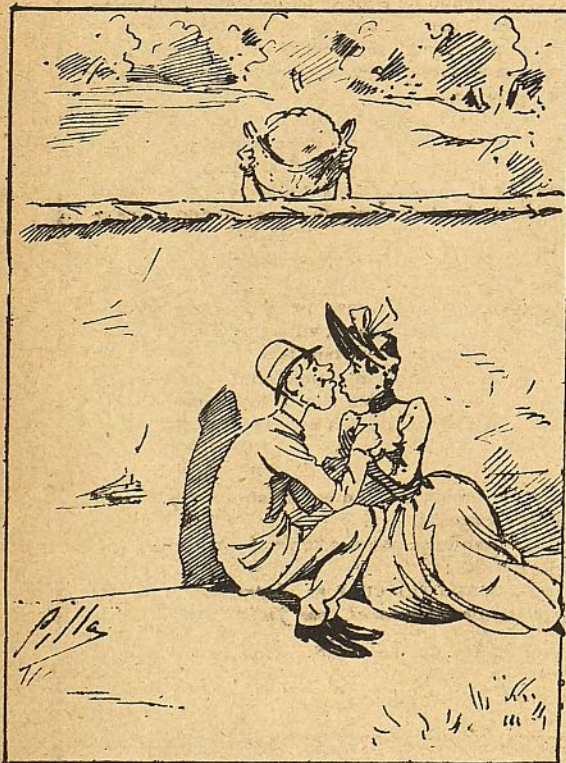
COLOQUIO INTERRUPTIDO, POR CILLA.



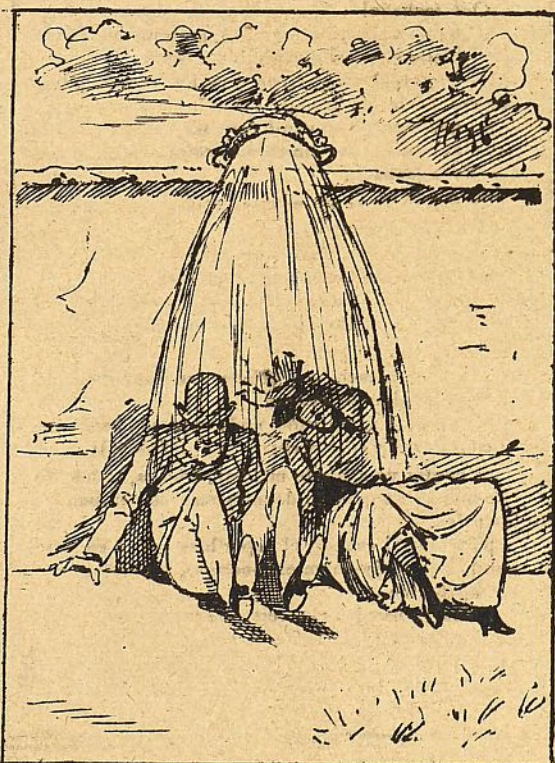
1.



2.



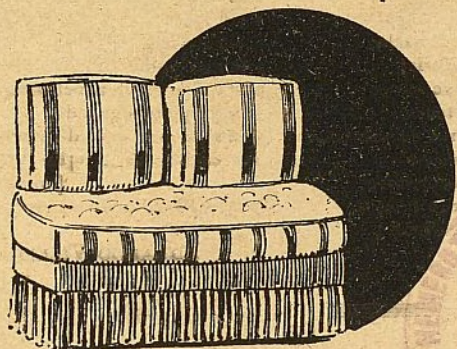
3.



4.

SERRALLO.

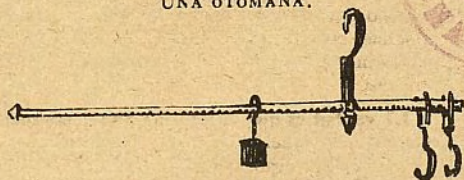
por ~~el~~ scalar



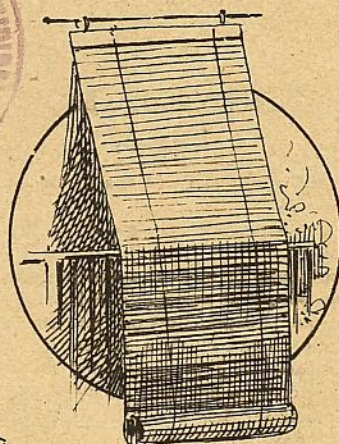
UNA OTOMANA.



UNA GRIEGA.



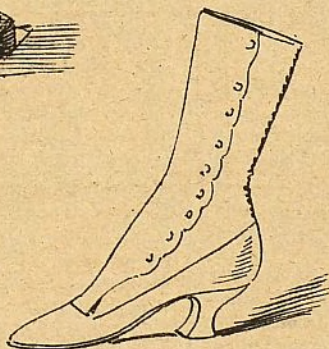
UNA ROMANA.



UNA PERSIANA.



UNA NEGRA.



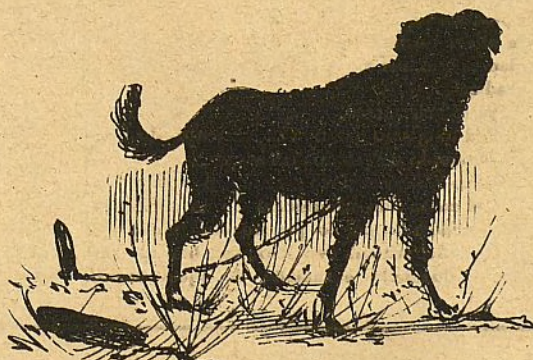
UNA POLACA.



UNA JEREZANA.



UNA TURCA.



Y ESTE ES «EL SULTÁN.»

UNO DE TANTOS...

Cuando empezaba á subir por el aspero sendero que aún hoy conduce á la gloria, tan ansiada en todo tiempo, si con sobra de osadía con gran falta de talento, levantándose en un punto y en más de veinte cayendo é hincando el pié muchas veces sobre los ajenos méritos, le rodeaban las turbas á coro todas diciendo: «¡Es un gran hombre!» al mirarle sobresalir entre el pueblo.

La ascensión era penosa, los obstáculos inmensos; zarzas de espinas punzantes tenía por asidero; el camino está tan largo como escurridizo el suelo; arriba estaba la gloria; estaba abajo el descrédito; consumía con la lucha todo el vigor de sus miembros... Á la mitad del camino se sintió débil, maltrecho, casi ahogado por la sangre, los pulmones sin aliento;

su atmósfera no era aquella; sintió en la cabeza fuego; á sus pies rodaba el mundo á la eterna lucha atento... y sin fuerzas, aturdido, cerró los ojos al vértigo y fué rodando, rodando hasta el nivel de aquel pueblo, frío ya y desengañado, que al tenerle en sí de nuevo, no exclamaba... «¡Es un gran hombre!» [hombre!], sino: «¡Qué hombre más pequeño!» [ho!]

EDUARDO VILLEGAS

VENGA ESA MODA.

Pues señor, estamos en plena época de reformas y novedades.

Por algo vivimos en el siglo de las luces y de los adelantos.

No respondo de que sea cierto lo que voy á decir; y no porque no reúna caracteres de verosimilitud sino porque la experiencia me ha enseñado á no dar entero crédito á lo que no veo.

Se prepara una gran revolución, un movimiento que ha de transformar del todo el organismo social.

No asustarse; las vidas y las haciendas están seguras, pero...

Oigan ustedes.

Acaba de decirme un joven *gomoso*, muy achata-do de mollera, pero de lo más conspicuo que se conoce en materia de usos y costumbres, que el buen gusto francés ha dispuesto que, de hoy en adelante, las señoritas que quieran seguir la moda, deberán salir de sus casas y andar por las calles sin padre, ni madre, ni perrito que las guarde, es decir, completamente solas.

Me parece que la noticia vale dinero y hasta ciertos ribetes de gloria, por lo que me atrevo á hacer constar que soy yo el primero, por lo menos en España, que la dá en las columnas de un periódico; aunque ya sé yo de buena tinta que es desobras sabida, sobre todo en los círculos *cursis* donde todas están esperando ansiosas á ver la primera que ponga en práctica el último decreto de la moda.

Y la nueva no ha sido mal recibida, eso no; pero la verdad es que nos viene un poco ancha. Es demasiado radical.

Pero ya se aclimatará.

Sucedará lo mismo que con la reciente disposición suprimiendo de raíz los poisons.

Al principio pareció poco estético presentarse *al raso*, sin el consabido adminículo en la parte posterior del abdomen, por lo que muchas, partidarias seguramente del sistema evolucionista, han ido poco á poco reduciendo el tamaño de aquel *mueble*

hasta llegar á la meta deseada, y hoy ya, en el espacio tan sólo de media docena de meses, son muchas las que se presentan al público del todo conformes con la última disposición dictada en esta materia.

La verdad es que la reforma ahora anunciada se imponía por muchas razones, y más que todo, por el espíritu del siglo, que parece inclinarse á querer llamar las cosas por su nombre y á profundizar todos los misterios.

Saliendo las niñas solitas, tácitamente viene á autorizarse que deben acompañarlas sus novios respectivos, y en este caso, claro que no es tan fácil, por ejemplo, que la que hoy logra dominarse, mientras está *él*, para no decir *güeno* por *bueno* y *haiga* por *haya*, revelando así vicios de origen ó de colegio, como si digéramos, logre hacerlo á todas horas, y esto como se comprende, es un medio para que ellos aquilaten los puntos *educativos* que calzan sus futuras.

Pues ¿y en cuanto al despejo de situaciones? ¿Cómo se las compondrá la que tiene más de uno, para que todos vivan engañados? Si se deja acompañar por uno ¿la casualidad no hará que el otro ó los otros, la vean y surja, por tanto, el conflicto?

Esto sin contar con el alivio que va á resultar para algunas familias que hoy sostienen criadas de seis ó siete años, con una soldada de cinco pesetas trimestrales, por la sola necesidad de que acompañen á las niñas. Sobre traer á estas familias una economía, se facilitará el que las tales *fámulas precoces* vayan á la escuela, que es otro beneficio para todos.

Los comerciantes en papel son los que van á perder. Nuestros pollos de la *tres fine crême* no tendrán ya necesidad de comprar aquellas cartas diminutas con un pensamiento, un corazón u otra alegoría al cromo, para comunicar sus sufrimientos á las respectivas causas de sus pesares.

Pues, y para los que disfrutamos viendo escenas al natural ¿resultará poco beneficiosa la reforma? ¿Oiremos pocos coloquios pegajosos de nuestras ni-

ñas románticas? Y en cuanto á ellos ¿habrá poco que oír?

Yo conozco á uno que garrapatea facturas en una tienda de ultramarinos, que apenas ha tenido noticia de lo que ocurre ha presentado su dimisión. Como sabe que hay muchachas que tienen dote y se fía bastante de su físico y, sobre todo, de su conversación, muy huera, pero muy agradable, en su opinión, á las niñas de tiernos sentimientos, va á dedicarse á enamorar hasta que encuentre el dote deseado.

Hasta aquí, dice el chico aludido, los papás y las mamases averiguaban ante todo la posición del aspirante. Ahora, teniendo que entenderse directamente con el interesado, ya es otra cosa.

A ratos temo que la reforma no se implante; porque como en parte siguen ya esa costumbre las modistillas, chalequeras y otras gentiles y donosas clases populares, me parece imposible que nuestros elementos encopetados se avengan á hacer lo que ya hace el pueblo, y por cierto, sin que haya motivo para arrepentirse de tal costumbre.

No hace muchos días oí á la hija de un empleado de seis mil reales quejarse de la costumbre que impone llevar mantilla el día de Jueves Santo porque no se distinguen las señoras de las plebeyas, y temblé... Si á tan poca cosa ponen algunas escrúpulos ¿cómo van á aceptar reformas de más trascendencia?

Bien es verdad que todo tiene remedio. Conque las clases populares antes nombradas nos hagan el favor de hacerse acompañar, siquiera al principio, estamos al cabo de la calle.

La cuestión es que se plantee la novedad.

La reforma viene de París, está ya planteada en Londres... ¿Qué más? como dicen los anuncios de cierto específico.

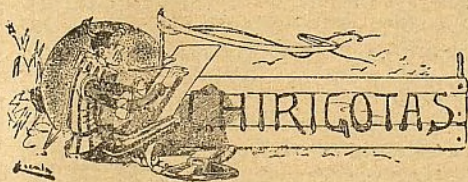
Esa moda es de todo punto necesaria; los jóvenes se muestran muy reacios á pasar por la Vicaría y es menester por todos los medios que se acerquen al hierro, lo que se logrará seguramente con el trato continuo.

¡Ea! prepararse; abajo las cadenas; quitar los estorbos que impiden á los niños y niñas de corazón sensible derretirse como almibar de puro dulces.

Estamos en época de adelanto y de libertad.

Venga la nueva moda, que nos hace mucha, pero mucha falta.

ADOLFO F. FERRANDO.



Unico encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, Kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.

—Tu sobrinito Rebollo
trampas hizo en el tresillo,
hasta limpiar mi bolsillo.
—Esas son cosas de pollo.
—No, señor: cosas de pillo.

A. ANGUITA.

PUBLICACIONES.—*La Honrada*, por Jacinto Octavio Picón. El nombre del celebrado escritor, autor de esta novela, y los de José Luis Pellicer y Pepe Cuchy, que la han ilustrado con preciosos dibujos, son garantía segura de la bondad de la obra, que ha sido lujosamente editada por los Sres. Henrich y Compañía.

Memorias leídas en el acto de la repartición de premios en el Ateneo Obrero. Un elegante folleto de 16 páginas.



Ascanio.—Sirve.

R. C. I. P.—Y la de Vd. también sirve. Sólo que no digo para qué.

E. C. E.—Barcelona.—[No, por Dios, artículos no!

R. G.—Bilbao.—Y otro tanto digo á Vd. ¡Si viera Vd. que abundancia de artículos tenemos!

Un lector de LA SEMANA.—Digo lo que á los anteriores. Tenemos prosa en cartera para seis meses.

V. G.—Madrid.—Idem, eadem, idem.

M. C.—Logroño.—Otro á quien decir lo mismo. ¡Vaya, que esta semana les ha dado á Vds. por la prosa vill!

L. B.—Valencia.—¡Ay de mí, que creo que veinte y clemente no son consonantes! Y lo de

no queda una rama en pie

no me parece bien. Porque dá la casualidad de que las ramas no suelen estar *de pie* precisamente.

F. G. A.—Barcelona.—¿Fugas de vocales á mí? ¡vade retro! Y por lo que al *Cuento* toca... ¡si viera Vd. como se divertía la abuela de mi abuelo oyéndoselo contar á su abuelita. ¡Que es muy antiguo, vamos!

San Pedro.—Aplicaos ¡oh, venerabilísimo portero! la contestación anterior, en lo que al *Cuento* se refiere.

J. J. C.—Madrid.—Pues... la verdad; desde que supe quién era Vd. siento cierta *escama*. No en cuanto al mérito, que sigue pareciéndome el mismo, sino en cuanto á la originalidad de las composiciones.

Sres. *Bombardón*.—*Ali-Bobada*—*Aicelu*—*Bardo-Burdo*.—*R. Uiz Zorrilla*.—T. F. (Orense).—A. V. (Totana).—M. B. (Lérida).—J. F. *Flamenco*.—J. M. A., *Papirus*.—V. de V. y M. L. N. (Madrid).—L. G. G. (Valencia).—P. S. (Valladolid).

P. P. (Murcia).—A. R. de J. (Lisboa).—*Dos Sabañones* (Vigo).—J. O. (Santiago).—G. A. L. y S. G. G. (Pontevedra).

—*Eucapsio*.—M. Ll. *Knion*.—E. V., *Dos tranquils*.—E. de P. y *Un renaixenxo* (Barcelona).—No son publicables. Y dispensen de Vds. que no les diga por qué.

Imp. Militar, Arco del Teatro, 9, pasaje.

PASIÓN CONTRARIADA, POR PONS.



Los papás se oponían y ¡naturalmente! ha habido
que apelar al rapto.

ANUNCIOS

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los más
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas.
Fuera..	"	2'50 "

Números atrasados doble precio

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES

DE 2 Á 4 TARDE

UNICO ENCARGADO

DE LA VENTA Y EXPENDICION DE

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

TRES NOCHES

POEMA EN TRES CANTOS

POR

D. RICARDO J. CATARINEU

PRECIO: 1 PESETA

Se expende en las principales librerías

NICOLAS MIRALLES

LITÓGRAFO

UNION, 17.—BARCELONA

IMPRENTA MILITAR Y COMERCIAL
DE

CALZADA É HIJO

Arco del Teatro, 9, pasaje

BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid